Apelotonado en un rincón, Antonio pretendía olvidar la pesada monotonía del viaje leyendo. Pero, imposible. Sobre las páginas de la novela —*El Fuego* de D'Annunzio— saltaban las letras en una loca zarabanda con el traqueteo desigual del tren[10]. Imposible, igualmente, toda concentración con el sordo fragor de la locomotora y de las conversaciones de sus compañeros de viaje.

Quiso abismar su atención en el desfile de paisajes. Eran tierras extensas donde amarilleaban los *cogonales* resecos, árboles solitarios cuyas ramas desnudas daban la dolorosa impresión de extrañas cruces, y como única nota verde en el tono gris uniforme dominante, hileras de cañas en la lejanía, y una cordillera que parecía ondular sus gibas en la misma línea del horizonte… Antonio hubo de cansarse enseguida de la horrible sensación de vacío y falta de vida de todo aquello, afirmada más hondamente en los *carabaos* incapaces en su pereza de otro movimiento que no fuese seguir con ojos estúpidos el paso del tren.

Un revisor se acercó por no recordaba el qué vez, para taladrar nuevamente su billete. Antonio, automáticamente y por no recordar tampoco qué vez, inquirió:

—¿Dista mucho todavía el pueblo? Maquinalmente contestó el revisor:

—Cosa de media hora, a lo más tardar.

Una hora antes, había contestado lo mismo. Le dio las espaldas Antonio, por no insultarlo. Luego, buscó una postura más cómoda, apoyando los pies sobre el respaldo del asiento delantero. Cerró los ojos, y se puso a pensar.

Su pueblo ¿cómo sería?, ¿habría cambiado? Después de aquellos largos años de rodar por el mundo, con su continua sucesión de

[10] El tren es escenario de muchos relatos de Laygo. En los años veinte del siglo pasado, la *Manila Railroad Company* ofrecía líneas desde Manila a varias provincias.

fisonomías y perfiles e infinita renovación de sensaciones, ¿no volvería él un poco distinto de los demás, a formar una nota discorde en la rutinaria armonía —de almas y de cosas— que probablemente anquilosaría la vida de aquel pueblo?

La temía a esta vuelta Antonio. En una gran ciudad, en una comunidad vasta, un individuo tiene la independencia de un desierto, en el pensar y en el obrar, sin necesidad de preocuparse de más que de seguir las rutas que marcan las leyes creadas por los hombres; pero en un pueblo pequeño…

Bien, extrajo de su bolsillo una carta. La había recibido aquella misma mañana, antes de coger el tren. Su primo y amigo Pepe se la había escrito:

"—Ven para que no se disgusten de ti tus amigos y parientes. Cuando te marchaste al extranjero, lo hiciste sin dar parte a ninguno, lo mismo que un prófugo, y no añadas ahora a aquel dolor de verte partir sin haberte podido despedir, el dolor todavía más grande de saberte cerca, sin poderte abrazar. Puedes vivir aquí el resto de tu vida, porque en la paz lugareña de nuestras campiñas encontrarás tranquilidad y reposo. Pero antes, sacúdete las sandalias del polvo del camino. Vuelve como saliste: un simple provinciano que cumplía con Dios y con todos; se agregaba a la fila de los curiosos, a la puerta de la iglesia los domingos, y esperaba, como notable acontecimiento, la llegada de los circos ambulantes. Pero si de tus viajes traes un afán de cambios y novedades con un criterio abierto a todas las ideas, mejor es que te quedes ahí, en la ciudad, porque en la ciudad se te antojará tolerancia la indiferencia de los demás. Aquí hasta el último de tus criados se santiguará escandalizado el día que dejes de oír misa…"

Antonio se fijó en el tren, una máquina infernal, añosa y descuidada, que arrastraba la pesadez de sus vagones con un enorme, prolongado quejido de ruedas y herrajes. Le daban asco los asientos ennegrecidos por costras superpuestas de mugre y polvo. En el suelo, andaban confundidas, en una mezcolanza de suciedad y abandono, las

cáscaras de naranjas y huevos, huellas de salivazos y eructos, manchas acá y allá de *buyo*. Los pasajeros, pálidos, silenciosos, cabeceando el marasmo de los viajes monótonos, eran muñecos que una mano poderosa arrojaba a derroteros obligados; los rieles se prolongaban en curvaturas como inmensos signos de interrogación, hacia un mismo destino, el de hoy, el de ayer, el de todos los días...

Como este tren, como aquellos conocidos paisajes, de *cañas* y *cogonales* que se le entraban por los ojos, a través de la ventanilla, como aquellas montañas estereotipadas en el eterno gesto bravío de sus erectas cumbres ¿se habría conservado el pueblo dentro del molde que consagraron, con su formidable influencia irresistible, las tradiciones?

El tren dobló un recodo. En la lejanía brotó, como un brochazo de sangre sobre un fondo esmeralda, la roja silueta de la iglesia, de entre las verdes crestas de acacias y palmeras…

II

Antonio tuvo que levantarse a media noche para abrir las ventanas. Lo ahogaba la estrechez de su habitación, la misma que había ocupado de chiquillo. Diez años antes le habían parecido inmensas sus dimensiones. No parecía sino que a medida que iba creciendo, se achicaban las cosas. Y realmente había crecido una barbaridad, como comprobaban aquellas señales todavía claras que trazara de cuando en cuando sobre los ventrudos *harigues* para medir su crecimiento.

Se sonreía un poco al recuerdo de la amorosa insistencia de su madre:

—Hay que cerrar las ventanas, Tonio; todas. Nuestras noches son muy frescas y podrías coger un catarro...

Y otros habían coreado:

—Y hay que tapar las rendijas, no vaya a colarse un airecillo traidor. Luego, una pulmonía…

¡Gente buena! ¡Gente chapada a la antigua, aferrada a la tradición, al prejuicio, enemiga del sol[11], de la brisa, de la vida!

Él había protestado:

—Pero, si cuando hay menos peligro de pulmonía es con las ventanas abiertas. Además, estoy acostumbrado a ello...

Se salieron con la suya. Y tuvo él que dormir así encerrado, con las ventanas bien cerradas, bien tapadas además con tiras de periódicos viejos las grietas que habían dejado los años en las tablas. Sólo que por encima de consejos, de miedos al relente y a la pulmonía, se veía obligado a media noche a dejar paso al viento si no quería que se asfixiase.

Se acodó a la ventana. Era magnífica, imponente, esta noche constelada de estrellas que lo envolvía. Muy diferente de cuantas había admirado en sus correrías y visto reflejadas en el azul del Mediterráneo, en los canales de Venecia, en la orgía de luces de Nueva York. Noche limpísima, sin complicaciones de colores, como un cuadro hecho a cuatro pinceladas maestras. Algunas nubes blancas flecadas[12] de luz como copos luminosos de nieve. Eso arriba en el cielo. Abajo, en la tierra, la luminosidad plateada que irradiaban las hojas de los *platanares* de la huerta y los techos de zinc de las casas vecinas y en la lejanía, como esculpida sobre el cielo, una cima altísima que se erguía sobre otras cimas, como un gigante entre un rebaño de gigantes. Y por sobre todo eso, estrellas, nubes, montañas, algo, acaso el alma de la noche nativa, acaso la caricia invisible de las cosas antiguas que habían llorado su ausencia, flotaba sobre su espíritu, hablándole de añoranzas muy hondas, muy y muy sugerentes de suavísimas emociones.

[11] Según las estadísticas meteorológicas de Filipinas por término medio sale el sol más de 300 días del año, lo que hace que la gente busque cómo protegerse constantemente.

[12] El *Diccionario General de la Lengua Española VOX* recoge "flecar" como de uso en Puerto Rico por "desflecar", vocablo que figura con el significado 'azotar' para Cuba y Puerto Rico, mientras que en el *DRAE* el significado 'destruir, deteriorar' se indica solamente para Cuba . En esta frase de Laygo entendemos que se trata de su primera y más general acepción: "sacar flecos, destejiendo los extremos". Ni el *DRAE*, ni *Hispanismos en el tagalo* recogen la voz 'flecar'.

Vino la evocación de las impresiones del día. Primero, la estación del pueblo, remozada con un baño de albayalde y cal. Lo esperaban allí sus padres, casi todos sus parientes. Cuando saltó del tren, ya lo esperaban los brazos abiertos de los suyos. ¡Qué dulce remanso de paz, esta bienvenida tan llena de cariño! En San Francisco, en Barcelona, en Génova, en todos los puertos donde había desembarcado, sólo encontraba la fría acogida de rostros extraños que lo examinaban con miradas indiferentes. Aquí, no; tenía sonrisas, tenía apretones de manos, abrazos descoyuntadores, hasta lágrimas de alegría...

—¡Antonio!

Había vibrado la estación en un formidable estruendo de voces que lo llamaban. Divisó a su padre. Fuerte, sanguíneo, un poco obeso, con las manos giratorias, como aspas. Luego a su madre. Muy envejecida la pobre, con un poema de dolor vivido en las arrugas, en la plata de los cabellos, en la apagada luz de los ojos. Luego a su tío Gabriel, a su primo Pepe, a otras muchas personas, a quienes ya no recordaba y a quienes tuvo que ser presentado.

—Esta es María. Esa, Juanita, tu vecinita; la de más allá, Beatriz.

Le dio cierta vergüenza no haberlas reconocido. Pero, ¡santo Dios! ¿Quién iba a adivinar en estas mozuelas fuertes y sanas a las muchachitas pálidas de anemia que jugaban con él al escondite hacía diez años? Fue derecho a ellas por un abrazo. Pero se contuvo. En los ojos de Beatriz vio fulgurar un súbito espanto en un inoportuno despertar de todos sus pudores contra aquel abrazo amenazador de un pariente lejano, de un recién llegado, de un desconocido casi. Antonio tuvo que recordarlo: ¡en su pueblo, la mujer, purísima, no besaba ni al primo, ni al hermano, ni siquiera al padre! Ofreció su mano:

—Pero, ¿eres tú, Beatriz? ¡Si me parece imposible! Y ¡María! Y ¡Juanita!

Su padre bromeó:

—Y con tanta Beatriz y María y Juanita, te olvidas, de los demás,

tulisán[13]. Anda, esa es tu tía; sí, hombre, tu tía Manuela, y ése, tu abuelo Agustín…

Antonio supo lo que eran diez años de ausencia. Había dejado a los pobres fuertes todavía, y he aquí que se los encontraba envejecidos, encorvados como árboles que fuesen a descuajarse.

—Los achaques de la vejez, Antonio —explicó su padre—. El pobre tío tuvo un ataque que a poco más lo remataba. Y en cuanto a Manuela, ya lo ves. El reuma, los nervios...

En cambio se sorprendió de ver hechos hombres a muchos a quienes había dejado chiquillos. Reparó en Pepe:

—¿Qué me cuentas, primazo? ¡Vamos! Estás hecho un D. Juan... Lo pirradas que estarían por ti las niñas, ¿eh?

Pepe le fue contando muchas cosas, en el trayecto de la estación a la casa. El pueblo se conservaba igual, arrastrando la rutinaria existencia de siempre. Si las gotas de lluvia horadan una roca viva, los años —gotas en la inmensidad del tiempo— habían resbalado sobre la roca de las costumbres sin dejar huellas de su paso. Allí estaban las boticas, sitios obligados de chismografía pueblerina, desde tiempo inmemorial. Los notables del pueblo —el Presidente Municipal, el Jefe de Policía, el Juez de Paz, el Médico, el Abogado y otros— se reunían en alguna de ellas todas las tardes, escandalizando con el estampido de sus carcajadas a los transeúntes. Ahora había un teatro-cine donde los sábados proyectaban películas importadas de los Estados Unidos, con sus eternas tramas de bandidos y *cow-boys*[14]. De tarde en tarde, los alumnos de las escuelas públicas organizaban bailes, *parties*[15], reuniones más o menos informales, para chapurrear el inglés

[13] Palabra de origen malayo que en Filipinas significa bandido, ladrón o bandolero.

[14] La introducción de términos del inglés era signo de la asimilación creciente de la cultura estadounidense. La transformación de un teatro en cine implicaba la entrada de aquel pueblo en la modernidad tecnológica relacionada con los transportes y las comunicaciones. En el ámbito socioeconómico suponía la secularización de la cultura y el individualismo creciente como muestran los cuentos de Laygo.

[15] Del inglés: fiestas.

y lucir los últimos *fox-trots*[16] traídos de Manila por algún estudiantillo de Medicina o Derecho. Luego, muchas fiestas religiosas: la patronal del pueblo, las de muchos santos y santas de renombre en la Corte Celestial, la del Cura, la del Obispo, organizadas indefectiblemente por la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús.

Antonio cambió de conversación:

—Y, ¿de chicas?

¡Pse! ¡Una indecencia! Había algunas pasables. Enriqueta Medrano, una morena, maciza y fuerte, que flirteaba con todo el mundo; Paz Salgado, muy romántica, muy sentimental, con un repertorio de novelas lloronas; Pepita Reyes, un poco delgadilla, pero con ciertas habilidades que la hacían figurar en todas las veladas, religiosas y profanas, que se organizaban: Charito Benedicto, Soledad Santos, y luego —*the last, but not the least* [17], según frase común— Beatriz... ¿Se había fijado Antonio en Beatriz? La recordó el viajero con ira. ¡Aquel abrazo! ¿Por qué lo rechazó ella con un azoramiento súbito de sus ojos? Irritable ahora, con una sorda irritación de despecho y fracaso, aquel rechazo irrazonable precisamente cuando en la emoción del momento sentíase él capaz de considerar hermanas a todas las mujeres.

—¿Beatriz? No sé; no me he fijado...

Ahora se vengaba él. Así, no se había fijado, como nadie se fija en la larva que desmenuzan los pies, por insignificante, por demasiado insignificante para atraer la atención. Luego, para gozarse más en la venganza, añadió:

—Me supongo que sería una de tantas.

Pepe rechazó la suposición, indignado:

—No. no. Es la única que vale, aunque no la quieren bien aquí, en el pueblo. La envidian, claro, las demás. Y rueda cada calumnia y cada

[16] El fox-trot nació hacia 1914 con las primeras orquestas de jazz. Su nombre significa literalmente "trote del zorro" y alude a las primitivas danzas negras que imitaban pasos de animales. Se puede bailar en tiempo lento o rápido en pareja. Los años 30 fueron la época dorada de este género.

[17] Del inglés: la última pero no la menos importante.

vilipendio que la pobre tiene que vivir en un aislamiento absoluto. Y ¡la tachan de orgullosa, por eso!

Se interesó Antonio, por el relato. Por el relato, no por ella. ¡Defendíala con tanta exaltación y largueza el primero! Si casi la odiaba con un odio instintivo, por huraña, por intratable, por bestia salvaje que acaso pretendía ver en él al cazador experto, pronto a tender el lazo. Porque otra vez volvía el recuerdo de aquel abrazo rechazado, sin una palabra, con sólo un súbito azoramiento de los ojos, tan elocuente, sin embargo, que lo clavó al suelo, acobardado y cohibido.

Los recuerdos del día allí morían. Lo demás no merecía, por su insignificancia, un puesto en la memoria. La llegada a la casa solariega que lo recibió afectuosa con la risa de sus gritos; la comida al medio día con ribetes de fiesta, sazonada con los platos clásicos de todas las fiestas pueblerinas; el primer paseo en el pueblo, por calles llenas de polvo...

Antonio se metió en el lecho, cansado de aquella noche. Además quería estarse quieto, en un olvido total de lo pasado —viajes, recuerdos, reminiscencias— porque acaso viviría en este pueblo el resto de su vida. Y si así era, ¿para qué iba a eslabonar el mañana con su ayer de nómada y de aventurero? De esa vida guardaba él memoria de muchas horas vacías, en las que, sintiéndose ave en perpetuo vuelo, pensaba, nostálgico de paz y de cariño, en el magnífico instante de plegar las alas en el calor del nido. Hijo pródigo que volvía al hogar paterno, bien estaba que pensase en ser bueno, en hacer olvidar a los pobres viejos —sus padres— el dolor de su voluntaria ausencia. Se casaría... ¿Por qué no? La familia de los Rico tenía que perpetuarse por generaciones, y él era el único varón de la familia. Pepe le había hablado de Enriqueta, de Paz, de Pepita, de Soledad, de Charito... Entre tantas, ¿no habría alguna lo bastante buena para acogerlo en sus brazos? Acaso Beatriz.

Rechazó el pensamiento, indignado contra sí mismo. No; Beatriz, no. La odiaba por huraña, por intratable, por bestia salvaje que acaso pretendía ver en él al cazador experto, pronto a tender el lazo.

¡Oh! ¡Aquel abrazo rechazado!...

Se durmió en el lecho de *molave*, amplio, magnífico, con las colgaduras de seda y de raso, olientes a polvo de viejas arcas. Unos sueños de rosa revoloteaban en su torno...

—Yo, sabe usted, Sr. Rico, me muero por la música. ¡Oh, la música! Beethoven, Wagner, Chopin... ¡Oh, la Marcha Fúnebre de Chopin!...

—Sí, la Marcha Fúnebre de Chopin, Dña. Tecla...

—Y, ¿la literatura? ¡Me gusta una barbaridad! Figúrese usted. Yo leo a Carolina Invernizzio, Carlota Braemé a...

Fastidiábale a Antonio la charla insustancial de la solterona, que ponía los ojos en blanco, recordando las heroínas de sus autoras. Despojo de otra edad, se asía a la mentida eficacia de los polvos y afeites para simular juventud[18].

Así contestábale Antonio, con desgana:

—Sí, es hermosa la literatura.

Hasta que se le ocurrió en un refinamiento de crueldad, abrumarla con su propia ignorancia:

—Y claro, se sabría usted de memoria *Las Flores del Mal*, de Baudelaire, *El Lirio Rojo*, de Anatole France, y *Dorian Gray* de Oscar Wilde, y *El Infierno*, de Barbusse, y *El Hambre* de Knut Hamsum, y...

[18] Laygo no contrapone los clásicos con la música moderna del jazz, que era entonces considerada "ruidosa", como en el cuento *Retrogresión*. Sin embargo, utiliza su amplia cultura literaria como medio para entrar y salir de la modernidad. La cultura moderna, cosmopolita e individualista de Antonio se enfrenta a la decimonónica de Doña Tecla, que toma forma a través de las novelas más populares. Explica Ferreras que la novela por entregas parte del "dualismo moral", que en las obras de Escrich y De Val era de cariz procatólico, vid. índice de nombres pág.278. Las opciones literarias de Antonio le ofrecen un camino hacia la *conciencia posible*, Ferreras pág. 17; mientras que las de Doña Tecla se alejan de esta esfera, no obstante transmiten la conciencia de una determinada sociedad. La diferencia estriba en su capacidad de generar autocrítica, o autoconciencia de sí, como la que el protagonista, Antonio, muestra en este relato.

—¡Flores del Mal, Infierno, Hambre!... ¡No, no, no! Son platos demasiado indigestos para mi gusto...

Se rió Antonio del horror de Dña. Tecla. Realmente, eran los títulos para llenar de espanto a una asidua lectora de Escrich, de Luis del Val, de Antonio Contreras.

Y ¿así iba a transcurrir esta fiesta dada en su honor por su tío Gabriel? Los invitados se divertían, bailando. Pero ¡él, el héroe de la fiesta, estaba allí, con ganas de bostezar a cada rato, poniendo cara de sonrisa a las estupideces de aquel demonio de fealdad que bautizaron con el dignísimo nombre de Tecla Valentina de los Santos! ¡Si en lugar de ésta llegaba a sentarse a su lado Beatriz! Porque la veía él, desde su asiento, arrinconada bajo el verde palio de *anahaw*[19], gentilísima, en su aislamiento del resto de los invitados. ¿Por qué huía? ¿Por qué se anulaba, en aquél rincón? Creyendo odiarla desde el día mismo de su llegada, tenía que admitir, sin embargo, en su fuero interno que, por su belleza, le pertenecía de derecho el centro de la sala, para enseñar a aquellas danzantes mecánicas, lo que era ritmo, y gracia, y música en los movimientos...

—Sí, ya lo veo, Antonio. ¡Así estaba de distraído!... Se lo merece la chiquilla, después de todo guapa, buena, seria… Sólo que...

Una serpiente, aquella vieja solterona que había puesto en la elocuencia de una reticencia toda la corrosiva fuerza de su ponzoña. Bruscamente arrancándolo de sus propios pensamientos, Antonio tuvo que inquirir, mordiéndose los labios de rabia:

—¿Qué? ¿Sólo qué?

—¡Oh! Nada... No se ponga así, tan indignado…

Se sintió un poco ridículo. Realmente, ¿por qué se iba a indignar tanto?, ¿qué era él de Beatriz?, ¿ni que le importaba que, como otras,

[19] Su nombre científico es *livistona rotundifolia*. Una palma solitaria cuyas hojas se utilizan para hacer abanicos y sombreros, y los troncos como pilares y suelos de las casas. Sus frutos son carnosos y de un color amarillento anaranjado cuando están maduros. Es una planta endémica de Filipinas que se planta principalmente para decoración en parques y jardines.

aquella Dña. Tecla de sus horrores manchase con su baba inmunda a la purísima Beatriz? Quiso disimular:

—¿Indignado?... No. Sólo que quería saberlo por... vamos, a título de información, nada más...

Pero tuvo que autoanalizarse, en rápido examen. Y fue enorme su sorpresa al saberse indignado hasta el fondo de sus entrañas. ¿Enamorado? ¡Tremenda revelación de una enormidad jamás sospechada en todo el tiempo de su estancia en el pueblo, tropezándose a cada paso con la de día en día creciente esquivez de la muy huraña que rechazara el abrazo que le ofrecía él, como un hermano, en la estación! Puesto que era mentira su indiferencia, mentira el deseo de saber aquel "sólo qué..." a modo de información nada más, mentira grandísima lo que en el día de su llegada dijera a su primo Pepe:

—¿Beatriz? No me he fijado en ella...

La solterona sonreía, satánica, pesando, calculando, escogiendo las palabras para la revelación. Y Antonio, nervioso, rojo de indignación, de miedo, de ansiedad, esperaba en un tormento de siglos por cada segundo que pasaba, la explicación:

—¡Sólo que ella es la hija de nadie!

Respiró el pobre. Y ¿era éste el gran "pero", de la Beatriz, tan guapa, tan buena, tan seria?, ¿ésta la mancha en la blanquísima pureza de ella? Si ya lo sabía él; sí, chiquillo aún, complacíanse en hacerla rabiar, preguntándole: "¿dónde está tu padre?", soltó, curado de su ansiedad, una trepidante carcajada:

—¡Hija de nadie! Y ¡yo, que no sabía que las hijas de nadie podían valer más que muchas que yo me sé, empadronadas en los libros parroquiales, y para mayor identificación, en el registro civil!

La alusión sangrienta cayó sobre la solterona. Como una bofetada. Retalió, vengativa:

—Pues aquí, a las hijas de nadie, nadie las quiere, ni para un remedio. Sirven, en todo caso, para matar el hambre, por el momento.

El mendrugo de pan con que se la acalla en tanto que no está en sazón la comida... No sirven para formar familia...

Lo abrumó de horror, de consternación, el insulto. Lo pronunciara un hombre delante de él y su altísimo espíritu de caballerosidad, sin ya el imperativo de su querer, lo obligaría a abofetear al descarado. Pero era una mujer —chismosa, de malas entrañas—, pero mujer. En reivindicación de la calumniada —así por lo menos pensaba él—, replicó, dejando caer una a una sus palabras, para que se grabasen bien, mientras se levantaba:

—Si aquí no ha habido nadie que la quisiera, de ello tiene la culpa vuestra estrechez de criterio pueblerino. Y mendrugo de pan —residuo, lo que sea—, yo la quiero para mí, para llenar toda mi vida, y formará conmigo familia, si se allana a darme la limosna de su cariño...

Se dirigió al rincón donde estaba Beatriz. Ahora mismo, delante de Dña. Tecla Valentina de los Santos, delante de todo el mundo, hablaría a la hija del arroyo de su querer, y le pediría, de rodillas ante ella, como un esclavo, si era preciso, que fuera su esposa, ante Dios y ante los hombres...

IV

Se encerró en su cuarto, necesitado, de completa soledad. Luego, así, aislado del resto de la casa; se acomodó en una mecedora, de cara a la ventana, con un puro entre los labios. Chupó con gusto, y arrojó algunas bocanadas de humo. Contempló sonriente, feliz, las volutas blancas.

Era el más afortunado de los hombres desde hacía algunas horas. Y ¡pensar que había sido el adefesio aquel de la solterona quien lo acercó a su felicidad! Porque sin aquel insulto, nunca comprendiera el enorme cariño que le quemaba, sin darse cuenta, el alma; y sin aquel insulto, en jamás de los jamases se atreviera a decir a Beatriz lo que le había dicho:

—Yo, Beatriz, te quiero...

La pobre lo había mirado, asustada y arrobada, temblorosa de súbita emoción ante la confesión inesperada. Así cogida de improviso, sin prefacios sentimentales, habíanle subido los colores a la cara, amenazándole la sangre en un agolpamiento a su corazón, a su garganta, a sus sienes, con un sofoco.

—Sí, Beatriz, como un loco...

Ella inició una protesta:

—Pero, Antonio...

Y no, no la dejó él terminar... Le habló, suelta la mordaza de su lengua, del tormento de sentirse perseguido sin cesar por la esquivez de ella; de aquel cansancio que le producían sus correrías por el mundo, preguntándose en cada puerto a que arribaba dónde detendría su vuelo para siempre jamás; de su inmensísima soledad en el mundo, sin amores, sin nada que proyectase un poco de calor sobre el eterno invierno que le envolvía el alma. Le habló de la gloria de dos corazones que funde en uno el milagro del querer, de la gloriosísima vida en el mundo hecho cielo por la varita mágica del Amor...

Beatriz se había puesto seria, pálida, como si de pronto se le hubiesen agostado las flores de las mejillas. Era hermoso por sobre toda ponderación el cuadro que trazaba Antonio, pero—Yo estoy marcada con un sello infamante. No sirvo para formar familia...

Un sollozo inmenso le trabó la garganta. ¡Era aquello, hija de nadie! Y tronchó su cabeza sobre el pecho, abrumada por el horrible convencimiento de que le negaban la felicidad del amor las gentes, por un incidente, por un detalle en el nacimiento en el que no había tenido parte. No; ella no tenía derecho a contaminar con la infamia a Antonio. Mejor era que buscase entre las demás, Enriqueta, Paz, Pepita, otra que le diera con el lustre de su fortuna, el lustre de su apellido.

Pero él protestó, exaltado, contra tamaña injusticia.

—No, Beatriz. La deshonra es la que se merece una, por sus actos. Y cuando se es pura como una rosa, el barro de donde se ha

procedido no puede manchar la blancura inmaculada de los pétalos. Y yo te quiero, y te quiero. Por encima de la gente, por encima de todo el mundo, de tanto canalla, con más vicios que virtudes, que hacen ascos de ti; sin jamás ocurrírseles mirar sus propios defectos...

Después vinieron las explicaciones. Ella era así; un poco esquiva, no con él sólo, sino con todo el mundo, por ello mismo. Se sabía despreciada, vilipendiada y odiada, y tenía que vivir en un aislamiento de todo el mundo.

—Huyen de mí, la enferma de lepra moral. Llevo en mis venas el vicio, el crimen, la maldad. Yo también huyo de ellos por no mancharlos, y por no ver retratado en sus miradas y en sus gestos el profundo desprecio en que me tienen...

La orquesta había iniciado un vals, rítmico, lento, de pausas de quejumbre. Entonces se levantó, y respetuoso, con una profunda inclinación, la invitó a bailar.

Y bailó con ella, a distancia respetable, en un exceso de respeto que llamó la atención. Los otros chicos, acostumbrados a tratarla con ofensivas familiaridades, se hacían guiños. ¡Antonio Rico, el viajero que había visto tanto mundo, estaba allí bailando con la hija de nadie, cohibido y acobardado, como un colegial...!

V

Corrió el rumor de boca en boca, con la rapidez del rayo. Antonio estaba en relaciones con Beatriz, y pronto se casaría con ella. La botica del viejo don Facundo se animó con los comentarios a propósito del gran acontecimiento.

—Antonio se casa con Beatriz, ¿qué os parece?

Todo el mundo opinaba lo mismo. Era una estupidez, aquella boda. Beatriz, la hija del arroyo, la hija del vicio, tenía que ser mala, forzosamente. ¡Pobre Antonio! Le duraría la felicidad lo que durase la luna de miel, es decir, tres, seis meses, acaso un año. Luego, la

tragedia del engaño, de la infidelidad, del crimen sorprendido in fraganti y vengado, como saben vengar crímenes de ese género los hijos de aquella tierra. El cuello cortado a cercén, de un tajo o el corazón atravesado por un balazo. Y si no se hacía mala Beatriz, lo serían los hijos, los descendientes. ¡Pobre padre de Antonio! La nobilísima familia, de los Rico, de blanquísima ejecutoria desde el buen patriarca que la fundara hacía un siglo, se abocaba a ello, a que por un capricho sentimental del hijo pródigo, le saliesen al tronco común ramas podridas... ¿No era aquello una gran desgracia?

—¡Qué tonto de chiquillo! —exclamaba don Facundo—. No digo que renuncie a Beatriz... Pero, de ahí a casarse... vamos, que no cabe en cabeza sana...

Una tarde, tuvo que salir Antonio de la botica, para no andar a trompazos con todo el mundo. ¡Aquel don Facundo! Era un buen hombre, cumplía con sus obligaciones de sincero cristiano y ninguno en el pueblo se hubiese atrevido a negarle un rincón en el cielo, así que muriese. Y, sin embargo, todavía rió su enormidad, como la cosa más natural del mundo.

—Esas mujeres han nacido para eso. Encontráis una flor al borde del camino, la cogéis y aspiráis su perfume intensamente. Después, ahítos de la flor, la tiráis a un lado. Detrás vendrán otros que la cogerán y la tirarán de nuevo. Y seguirá la historia, hasta que no queden ni pétalos, ni aroma, ni perfume.

El coro de notables del pueblo había acogido la doctrina riendo a carcajadas. ¡Era un diablo, el viejo farmacéutico! Y un sabio que, con su pintoresco lenguaje, y con el mayor cinismo expresaba lo que otros, los demás, todos —el Presidente Municipal, el Juez de Paz, el Jefe de Policía…—, hubiesen hecho con una flor cogida del camino. Le daba asco a Antonio aquella gente que iba a la iglesia, acompañaba las procesiones vela en mano, se confesaba y comulgaba por Pascua Florida como está establecido, sin cuidarse un ardite de limpiarse antes la maldad del espíritu con un poco de piedad para con sus semejantes.

Y no sólo en la botica, ni sólo aquellos hombres. Hasta las mujeres, muchas asociadas a una congregación piadosa, decían, opinaban lo mismo:

—Mire usted, Antonio —le había dicho un día Dña. Gloria Rivas, alma y vida de todas las fiestas religiosas que se celebraban en el pueblo—. Yo ya soy vieja y me permito aconsejarlo un poco. Aprecio mucho a su familia y lo miro a usted como a un hijo. Beatriz es una buena muchacha, ¿pero qué quiere usted que le diga? Un *mangal* [20] no dará naranjas... Ya me comprende usted…

—Es decir, ¿ha de ser mala fatalmente, forzosamente, Beatriz?

—Mucho me temo que así sea, hijo mío...

Antonio quedó sobrecogido de espanto. ¿Era posible que Dios diese vida a criaturas de su imagen y semejanza para el pecado, marcándolas desde el nacimiento con el sello del vicio, del crimen? ¡Seres sin redención! Beatriz era buena, acaso, como ninguna del pueblo. Recogida desde la infancia por una santa mujer, había crecido en un ambiente de honradez y de virtud. No se le conocía ni la más inocente historia de flirteo siquiera. Y, sin embargo, allá estaban todos prontos a condenarla, desde la señora aquella tenida en olor de santidad hasta el mismísimo don Facundo, hombre bonachón y sin hiel, incapaz de hacerle daño a nadie premeditadamente.

Pero, ¿qué le importaba todo aquello a Antonio? Hoy conocía el Amor, el grande, verdadero, único Amor, que purifica y redime. Beatriz sería suya, mujer legítima y con ella se casaría en una misa mayor, echando a volar antes, en repique de gloria, todas las campanas de la iglesia...

Y se lo dijo a su padre, a su madre, de modo solemnísimo:

—Yo quiero casarme con Beatriz...

Su padre y su madre se miraron sorprendidos.

[20] Plantación de árboles de mango. Nombre científico: *mangifera indica*. El árbol de mango puede llegar a tener una altura de 33 m. Las frutas varían de tamaño, color y forma dependiendo de la clase: *mangifera indica* '*pico*', *mangifera* indica *'carabao'*, *mangifera* indica *'indian mango*'. El *mango* es una fruta tropical de sabor agridulce cuando verde o muy dulce cuando está madura. Se cultiva en todos los países tropicales, es indígena de Asia.

—Sí, y cuanto antes, mejor. Pediré dispensa del Obispo para abreviar trámites y formalidades...

El padre, sonriente, habló pausado y grave:

—¿Estás muy decidido, Antonio?

Antonio contestó firme:

—Sí, padre, muy decidido...

El padre cogió una silla, se sentó con lentitud, y determinó con voz segura:

—Antonio, no te casarás con Beatriz...

Lo esperaba Antonio, y sin embargo, la negativa, hecha sin explicaciones, como dada por obvia, le dio un escalofrío.

—No te casarás, por lo que sabes tú, y sabe todo el mundo...

La voluntad férrea del padre se expresaba así, en frases cortas y definitivas. Su maciza contextura era la exteriorización de su espíritu: rudo, indomable, dominador. Antonio comprendió que estaba solo. Su madre, más débil, más tierna, se dejaba llevar por las decisiones del padre.

Antonio intentó una explicación:

—Pero, ¿por qué, padre?

—¿Por qué...? ¡Porque no quiero en mi familia miembros carcomidos!...

Antonio se rebeló. Del padre había heredado la voluntad fuerte, y un Dios bueno le había dado además el alma noble que se exalta, contra las injusticias.

—¿Carcomido, porque es hija del pecado? Del Amor, diría yo, que no se plegó a vuestras exigencias, a vuestros convencionalismos… ¡Hija del arroyo! ¡Hija de nadie! ¡Condenada al pecado, a engendrar hijos para el pecado! Y yo, ¿no tengo entre mis ascendientes, miembros carcomidos? ¡Borrachos, mujeriegos, criminales! ¿Tú, padre, tú, madre, me podéis jurar aquí, con la solemnidad de todo juramento hecho en nombre de Dios, que no hay en mi sangre, vicio, crimen, pecado? ¿Hay alguno en el pueblo, en el mundo, que pueda decir,

abierta la conciencia a la plena verdad: en mi cuerpo, en mis venas, sólo hay sangre de pureza y de virtud?

El padre se levantó lívido, tembloroso. La acusación tremenda lo sacudió como un latigazo.

—No te arrojo a puntapiés, porque eres mi hijo. Pero, o renuncias a esa mujer, o te vas de esta casa para siempre. Para siempre, entiéndelo bien.

Salió de la estancia, dando un portazo que hizo retemblar la casa, con un formidable estruendo. Fue como una rúbrica de trueno la decisión firmísima de que, se empeñase como se empeñase Antonio, jamás se casaría con Beatriz, con su consentimiento. El viejo patriarca, que dormía su sueño de siglos, podía descansar tranquilo, porque jamás formarían parte de la familia por él fundada miembros, carcomidos...

La madre —madre al fin— pretendió dar a Antonio el consuelo de unas palabras amigas:

—No te resientas, Antonio. Es por tu bien. Olvidarás a Beatriz, encontrarás otra mujer, y verás cómo eres feliz después.

Y en la necesidad de justificar al padre, añadió:

—Ya es viejo, el pobre. ¿Por qué le vas a dar ese disgusto?

¡Viejo el pobre! Y ¿él? ¿no era más doloroso, más infinitamente trágico ver truncada la felicidad en plena juventud, por estúpidos prejuicios, y más que eso, por una irrazonable injusticia que reñía con su hidalguía, con sus creencias, con la religión que él, y su padre, su madre y todos profesaban?

—Bueno, dejemos eso para más tarde —terminó la madre—. Tú estás apasionado. Duerme bien, descansa lo mejor que puedas y verás que mañana piensas de diferente modo.

Le dio un beso, un enorme beso en que iban fundidos todos sus amores de madre. Antonio sintió que estaba aquel beso empañado en lágrimas:

—¿Lloras, madre?

—¡No, no, no! —quiso disimular su pena, santísima, la mujer—.

¿Por qué he de llorar, sabiéndote tan bueno?

Mentía, con una mentira piadosa, y se mentía a sí misma. Algo, en lo muy hondo de sus entrañas le hablaba de tragedias por venir. Antes de salir, todavía formuló un ruego:

—Se bueno, mi Tonio…

VI

—"Sé bueno, mi Tonio"... ¿Qué era aquello?

Sentir, pensar como pensaban y sentían don Facundo y sus contertulios, su padre, su madre, el pueblo dejándose atar por prejuicios sin razón. Cometer la enorme injusticia de condenar sin previo juicio a la que consideraba la más santa de todas las mujeres. Y por encima de todo ello, hacer trizas su corazón, rechazando, ahogando el amor por el que había estado suspirando en sus andanzas por el mundo. Y, ¿su derecho a la felicidad? Y, ¿el de aquella pobre mujer?

Una mujer peca, y puede redimirse todavía. Una mujer se enfanga, y todavía le queda el remedio del arrepentimiento. Y ¡he aquí a una mujer que jamás había pecado, a la que se negaba todo, hasta el derecho, la posibilidad de ser buena sólo porque la engendraran, en una borrachera de amor, sin la sanción de la epístola de S. Pablo!

¿No fue Cristo quien dijo de la Magdalena: perdonados le son sus pecados, porque ha amado mucho? Luego, la madre de Beatriz, al pecar amando, tenía la redención en su mismo pecado. Pero no; estas gentes eran más severas que Jesús. Habían condenado a la madre, echándola de su seno, matándola de vergüenza, de pena, y todavía se cebaban en la hija, considerándola fatalmente condenada al mal[21].

[21] Esta es una referencia muy importante en la literatura filipina. La gran novela de la independencia filipina, *Noli me tangere* de José Rizal (1861-1896), narra el cáncer que corroe a la sociedad filipina, con la imagen de la historia bíblica de María Magdalena en el trasfondo. Antonio en sus pensamientos recorre la gangrena que pudre a toda una tipología de personajes que encuentran su correspondiente con aquellos de la novela rizalina.

Y el pueblo, constituido en tribunal, único e inapelable, pronunciaba su veredicto, por boca de don Facundo, entre carcajadas de sensualidad:

—Esas mujeres han nacido para eso. Encontráis una flor al borde del camino, la cogéis y aspiráis su perfume intensamente. Después, ahítos de la flor, la tiráis. Después vendrán otros, que la cogerán y la tirarán de nuevo...

Lujuriosos, criminales, viciosos, todos. Hasta su padre, a quien una mañana sorprendió persiguiendo, a pesar de su edad, a la criada en la cocina, brillándole los ojos con un fuego de sensualidad. Inmorales, hasta el Juez de Paz, que aconsejaba innobles transacciones a una huérfana, violada en pleno sueño, para librar de la cárcel al culpable, pariente lejano de uno de los hacendados del pueblo; egoístas, como el viejo médico que se negó a salir de casa una noche de lluvia para asistir a una viuda, enferma repentinamente de un ataque, porque no tenía dinero la pobre con que pagar sus servicios; hipócritas, chismosos, como doña Tecla que ocultaba bajo una costra de polvo y afeites sus años, y de rezos y novenas sus maldades. Era aquello un continuo carnaval en el que todo el mundo ocultaba bajo careta sus instintos, sus vicios, sus infamias. Eso ¡caretas! nada más: careta, la virtud de doña Gloria Rivas; careta, la piedad de don Facundo: careta, la amistad, el honor, la justicia, todo, todo, todo...

Y él mismo, Antonio, ¿no llevaba una careta de obediencia, de respeto a su madre, al estallar en protestas dentro de su conciencia contra todas aquellas injusticias, sin atreverse a formularlas con acentos que oyeran hasta los muertos, a echar en cara a tanto canalla sus villanías?

Se decidió; la voluntad indomable del padre se revelaba ahora en él, en toda su fuerza.

Sería bueno, pero tal como debía y con quien debía serlo. Con aquella pobre mujer, vilipendiada, menospreciada, llevándosela consigo, y viviendo el resto de su vida, haciéndola olvidar todas las injusticias, las amarguras, los menosprecios que ensombrecieron su vida en aquel pueblo...

VII

Arrancó el tren violentamente. Arrojados a un mismo tiempo de sus respectivos asientos, Antonio y Beatriz se encontraron en el comedio del espacio que los separaba, buscando ambos a la par apoyo en un mutuo abrazo. Sólo que, pasado el susto, Beatriz roja de vergüenza, de pudores heridos en lo vivo, se desprendió de los brazos que la ceñían, y fue a ocultar su rostro entre las manos, hundiéndose en un rincón. Por una extraña asociación de ideas, Antonio recordó como viniera, en este mismo tren, apelotonado, y bostezando a cada instante. Dulcemente, amorosamente, se acercó a la mujer:

—¿Tienes miedo, mi Beatriz?

Y, como callara, continuó un poco resentido:

—¡No haber venido conmigo, si es así…!

Beatriz irguió su cabeza, triunfal, separando de sus ojos un rizo que se le había caído a la frente:

—No, no. Miedo, no, Antonio. Contigo, como quieras, donde quieras, por toda la vida, en cualquier rincón del mundo, amándote y siendo amada...

En sus ojos límpidos fulguraba, con una divina luminosidad, el Amor. Antonio arrastrado por fuerza irresistible, fue a depositar sobre sus labios el primer beso. Beatriz se estremeció, pero no protestó y sólo abatió su frente sobre el pecho.

Se habían fugado, al iniciarse la noche. Ella estaba en la iglesia, asistiendo a una novena, rezándole a la Virgen el gran amor de su alma. De ella sólo se despidió con un beso muy intenso en los pies florecidos de rosas. ¡Era la única que la quería en el pueblo! A la puerta de la iglesia, esperábala ya Antonio. Y recatadamente y por calles envueltas en las primeras sombras de la noche, se dirigieron a la estación pare coger el último tren.

Un revisor entró en el departamento que ocupaban, les sonrió bonachón y mientras taladraba los billetes, murmuró al oído de Antonio:

—Ahora sí que no irá preguntando cuánto dista todavía el término del viaje...

Antonio reconoció en el revisor al mismo a quien tenía ganas de insultar en su venida. Lo encontró, esta vez simpático. Guiñándole un ojo, le contestó todavía:

—Preferiría que este viaje no terminase nunca.

Beatriz se había asomado a la ventanilla.

Antonio se puso a su lado. Y abrazados vieron cómo, con la primera curva de la vía, desaparecía, a lo lejos la estación, al tiempo que también, más lejos todavía y con el último rastro del pueblo, desaparecía la bóveda de la iglesia que era apenas una masa de sombra entre las sombras de acacias y palmeras...